

saludo lleno de atención. En seguida, tomando asiento en una silla que le presentó el jefe español, pronunció una arenga, reducida sustancialmente a felicitarlo por su arribo en nombre de su soberano, a manifestarle el placer que éste había tenido al saber que se encontraban en sus dominios unos hombres tan valerosos, así como al oír las noticias que le traían de su monarca, y finalmente a demostrarle el agradecimiento con que había sido recibido por el emperador el regalo que le mandó por conducto de Teuhtile, y a suplicarle que se dignara recibir el que ahora le enviaba, como una muestra de su estimación.

Dicho ésto, mandó colocar sobre unas esteras de palmas y lienzos de algodón extendidos en el suelo, aquel presente de que era conductor, y que consistía en algunas figuras de oro y de plata representando leones, tigres, monos y otros animales, cuyo mérito estaba más bien en su trabajo que en el valor intrínseco de los metales; en treinta cargas de varias telas de algodón pintadas de colores y en parte tejidas de hermosas plumas; en algunas obras hechas de plumas con adornos de oro; en la celada llena de oro en polvo, como la había pedido Cortés al entregarla a Teuhtile, y cuyo polvo, según Bernal Díaz, valdría unos tres mil pesos; y por último en dos láminas hechas en forma de ruedas, una de oro y otra de plata, representando la primera el siglo mexicano con la imagen del sol en el centro, y la segunda el año, con la figura de la luna en medio del círculo. Según Bernal Díaz y Clavijero, la lámina de oro tenía sobre treinta palmos toledanos de circunferencia, y su valor ascendía a unos veinte mil pesos.

Luego que concluyó Quintalbor de mostrar a Cortés todos aquellos presentes, le dirigió por medio de los intérpretes estas palabras: "Este regalo es el que mi soberano envía para vos y para vuestros compañeros, pues para vuestro rey os dirigirá en breve ciertas joyas de inestimable valor. Entretanto, podéis deteneros todo el tiempo que gustéis en estas playas, para reposar de las fatigas de vuestro viaje y para proveeros de cuanto

necesitéis antes de regresar a vuestra patria. Si alguna otra cosa queréis de esta tierra para vuestro monarca, pronto os será franqueada; pero por lo que respecta a vuestra solicitud de pasar a la corte, estoy encargado de disuadiros de tan difícil y peligroso viaje, pues sería necesario caminar por ásperos desiertos y por países de enemigos". (1).

Cortés admitió con el mayor gusto los obsequios del emperador de México, y aún correspondió a ellos desde luego, dando a Teuhtile y Quintalbor dos camisas, unas piedras azules y algunas bagatelas para su propio uso, así como una copa de cristal labrado y dorado, tres camisas de Holanda y otros objetos de menos valor, para que los enviasen a su soberano a su nombre. Más no conformándose con la negativa que el embajador le daba de parte de aquél a la visita que le había propuesto, mucho más cuando el valor de los presentes que acababa de mandarle eran la mejor prueba de la riqueza del país, insistió en su pretensión, suplicando a Quintalbor que hiciese ver al Emperador el deber en que estaba de acceder a la conferencia que solicitaba en atención a las grandes penalidades y peligros que había pasado en su largo viaje para venir a verlo, y diciéndole que respecto a los desiertos y asperezas que hubiera que atravesar para conseguirlo, no tuviera cuidado alguno, porque él y los suyos eran hombres que sabían vencer todo género de obstáculos cuando se trataba de cumplir las órdenes de su soberano. El embajador prometió a Cortés que haría presente a su señor lo que para él le encargaba, y se despidió en unión de Teuhtile, quedando siempre Cuitlalpitoc en el caserío inmediato al campo de los españoles.

Despachados de este modo aquellos mensajeros, dispuso Cortés que el capitán Francisco Montejo marchase con dos embarcaciones, dirigidas por los pilotos Antón de Alaminos y Juan

(1).—Clavijero, Historia Antigua de México, tomo II, página 15.

Alvarez el manquillo, siguiendo el mismo derrotero sobre la costa al norte que había practicado el año anterior Juan de Grijalva hasta la desembocadura del río Pánuco, en busca de un puerto cómodo y seguro, pues en el que estaban no les convenía permanecer mucho tiempo, así por el excesivo calor y los moscos que tanto abundaban en aquella playa, como por el poco o ningún abrigo que allí tenían las naves. Al cabo de doce o quince días regresó Montejo de su correría al islote de San Juan de Ulúa, participando a Cortés que a unas doce leguas distante de aquel puerto había visto una población colocada sobre una eminencia que le daba un aspecto de fortaleza, llamada **Quiahuitztlá**, y que a media legua de ella se encontraba un puerto que en su opinión era mejor que el en que estaban anclados los buques. Diósele a este nuevo puerto el nombre de **Bernal**, en momería de otro puerto de España que tenía el mismo nombre.

Mientras ésto pasaba, y antes de que volviesen los embajadores de México, comenzaron a notar los españoles que Cuitlalpitoc no era ya tan puntual en hacer que les llevasen las provisiones acostumbradas, llegando por último hasta el extremo de no mandarles ningunas, e igualmente que ya no venían a su campamento tantos indios como al principio a cambiarles oro y gallinas, y que los pocos que lo hacían se manifestaban algo reservados y medrosos. Este cambio de conducta, a la vez que infundió en el ánimo de Cortés y los suyos algunas sospechas acerca de las intenciones que respecto de ellos tuvieran los indios, los puso desde luego en grandes apuros, porque estando ya en muy mal estado el pan de casabe y los demás bastimentos traídos de la isla de Cuba, no les quedaba otro recurso que el de la pesca para tener víveres frescos.

Al fin, después de algunos días transcurridos en aquella situación, se presentaron en el campo Teuhtile y Cuitlalpitoc, acompañados de muchos indios cargados de varios efectos, no yendo con ellos Quintalbor por hallarse enfermo. Después de

las ceremonias acostumbradas, llamó aparte Teuhtile a Cortés con sus intérpretes, y le dijo que su señor Motecuzoma agradecía mucho el último regalo que le había enviado; que el que aquel soberano remitía ahora era para el gran rey de España, a quien le deseaba toda clase de felicidades; pero que no le enviase ya nuevos mensajes ni se tratase más del viaje que pretendía hacer a su corte.

Aquel presente dedicado al rey de España, se componía de diez cargas de telas de plumas bastante finas, de cuatro **clalchuites**, que eran unas joyas tan estimadas entre los mexicanos, que según el dicho del mismo Teuhtile, valían más de cuatro cargas de oro, y en algunas otras piezas de este metal que valdrían sobre tres mil pesos.

Cortés, al darles las gracias por este nuevo obsequio en nombre de su soberano, les hizo grandes ofrecimientos de amistad; y aunque contrariado por la tenacidad con que se oponía Motecuzoma a su visita, supo disimular su disgusto en presencia de aquellos mensajeros, y sólo anunció su resolución a los soldados que estaban cerca de él, diciéndoles estas palabras: "verdaderamente debe ser gran señor y rico, y si Dios quiere, algún día le hemos de ir a ver."

Antes de separarse Teuhtile del campamento, habiendo observado con sorpresa que los españoles, al toque de una campana que tenían para anunciar el Ave María, se arrodillaban todos ellos delante de una cruz colocada sobre un montecillo de arena, les preguntó cuál era la causa de que adorasen aquel madero, y esto dió ocasión al Padre Olmedo para comenzar su obra de propaganda contra la idolatría, explicándole por medio de los intérpretes los principales misterios de la fé cristiana, y afeándole el culto abominable que tributaban sus compatriotas a los ídolos, así como los inhumanos sacrificios que a éstos les presentaban.

Esta última vez que estuvo Teuhtile en el campo de los españoles, fueron en su compañía muchos indios con pequeñas

cantidades de oro para cambiarles; y aunque no era de mucho valor el que llevaban, se apresuraron los soldados a rescatarlo con el objeto de cambiar después este metal por pescado a los marineros que salían a cogerlo al mar, lo cual dió motivo para que comenzara a manifestarse el disgusto que ya existía entre los amigos y parciales de Diego Velázquez, Gobernador de Cuba, quienes dijeron a Cortés que aquél no lo había enviado para que permitiese a los soldados el que cogiesen la mayor parte del oro de los indios, añadiendo que para impedir la continuación de este abuso, sería conveniente que diera una orden en la cual no sólo se reservara para sí exclusivamente el rescate del oro y la plata en lo sucesivo, sino que exigiera de todos los que hasta entonces habían hecho este comercio, el que diesen una noticia de las cantidades adquiridas en él, para cobrarles el real quinto.

Esta pretensión, si bien hubiera podido halagar los intereses personales de Cortés en otras circunstancias, no podía ser más opuesta a ellos en aquellos momentos, porque teniendo ya en su mente el proyecto de internarse en el país, y necesitando contar para esto, no sólo con la obediencia sino con el afecto de los que debían acompañarlo en todos los trabajos y fatigas consiguientes a tamaña empresa, estaba en el caso de tolerar a sus subordinados todas aquellas faltas, que, sin perjudicar esencialmente el éxito de sus grandes miras, les hiciera grata y llevadera una situación que más adelante había de llegar a ser algo desesperada. Así es que, lejos de acceder a los deseos de los peticionarios, se opuso Cortés abiertamente a ellos, manifestándoles que debían considerar los grandes padecimientos que habían pasado y pasaban sus compañeros de expedición, hasta el extremo de no tener lo necesario para sustentarse, y que por lo mismo era necesario disimularles el que se proporcionaran algunos recursos, con tanta más razón, cuanto que eran demasiado mezquinos los valores en oro que hasta entonces habían podido rescatar.

Mientras que comenzaba a asomar así entre las tropas de Cortés este espíritu de desunión que tan fatal le hubiera sido, si no hubiese adoptado, como lo hizo luego, las medidas más severas para impedir oportunamente sus funestas consecuencias, vino un hecho a demostrar a los españoles cuál era su verdadera situación en el país que pisaban. El día siguiente al de la marcha de Teuhtile, se encontraron en un verdadero desierto, pues todos los mexicanos, incluso Cuitlalpitoc, a consecuencia de una orden de Motecuzoma, en la que les prevenía que en el caso de que los extranjeros insistiesen en su temeraria resolución de internarse hasta su corte, alejasen de su campamento la gente destinada a su servicio y no les diesen provisiones de ninguna clase, se habían retirado de la playa. Esta ocurrencia, que era ya un principio inequívoco de hostilidades, causó no poca alarma entre los españoles, pues por muy grandes que fueran las ventajas que sus armas les daban sobre los indios, temían verse acometidos el momento menos pensado por un número tal de éstos, que no pudiesen resistirlo.

En vista de esto, Cortés, así para tranquilizar el ánimo de sus tropas, como para ponerlas a cubierto de cualquier golpe de mano por parte de los naturales, además de redoblar la vigilancia en su campamento, haciendo que los soldados se mantuviesen sobre las armas, y colocando algunos centinelas de avanzadas, dispuso que fueran trasladados a bordo de los buques los pocos víveres y demás objetos de algún valor que tenía en tierra, a fin de que, en caso de verse obligado a emprender una retirada violenta, no quedasen abandonados en la playa.

Por lo demás, la posición en que desde este momento se vió colocado Cortés, era de aquéllas que exigen una pronta y atrevida determinación. Las hostilidades que, por decirlo así, habían comenzado ya por parte de los naturales hacia los españoles, y la división que entre éstos fomentaban algunos amigos de Diego Velázquez, quienes, ya fuese por obedecer fielmente las órdenes de aquél, que no autorizaban a Cortés para dedicarse

a poblar los países que visitara, o por el temor de permanecer mucho tiempo en una tierra desconocida, deseaban regresar a la isla de Cuba, lo ponían en la necesidad de adoptar un partido sin demora, para evitar los males que por lo común ocasiona el mayor de los errores que puede cometer un hombre cuando se encuentra en una posición difícil, que es la vacilación.

Muy poco debió dudar Don Fernando Cortés acerca del camino que le convenía emprender en las circunstancias en que se hallaba, pues habiendo podido formarse ya en las diversas conferencias que tuvo con los indios, una idea algo exacta de su carácter pacífico y pusilánime, así como de la extensión y riqueza del país, en vista de los valiosos obsequios que el mal aconsejado emperador de México le había enviado para satisfacer sus deseos y disuadirlo del intento que manifestaba de pasar a verlo, era evidente que su resolución no podía ser otra que la de internarse con sus tropas hasta la corte de aquel monarca, con tanta más razón cuanto que por su violenta partida de Cuba en contravención de las últimas disposiciones de Diego Velázquez, cuya enemistad debía temer, se había colocado ya él mismo en la forzosa alternativa de perecer o adquirir con sus hechos una gran fortuna y nombradía.

Pero si bien no era nada dudosa la determinación que debía tomar en aquellos momentos, las dificultades que desde luego se presentaban para llevarla a cabo eran tan superiores a los elementos de que Cortés podía disponer para vencerlas, que se necesitaba estar dotado de una fuerza de ánimo nada común para sobreponerse a ellas, y en esto, era precisamente donde el futuro conquistador de México debía dar a conocer si poseía o no las cualidades que la ejecución de tal empresa demandaba. Una vez adoptada en su mente la resolución de internarse en el país, para lo cual se puso de acuerdo con aquellos de sus subordinados que le inspiraban mayor confianza por su amistad y adhesión, el primer inconveniente que se le presentó fué la falta de un título legítimo para hacerse obedecer de todos los individuos que for-

maban la expedición, supuesto que Diego Velázquez, no sólo había revocado antes de su salida de Cuba su nombramiento de jefe de la armada, sino que aún había dado la orden de prenderlo y estorbar así la marcha de aquélla. Este inconveniente era tanto más grave, cuando que, fundándose en él los amigos de Velázquez, incitaban a sus compañeros a no prestar obediencia a las órdenes de Cortés, y podía por esta razón ser un grande obstáculo para la realización de sus ulteriores miras.

Era, pues, indispensable allanar previamente este primer inconveniente antes de pasar adelante, y allanarlo de una manera que diera por inmediato resultado el investir a Cortés de una autoridad no sólo tan amplia como lo requería la empresa, sino absolutamente independiente del Gobernador de Cuba, a fin de que este no pudiese ya estorbar, como lo intentaría sin duda, el buen éxito de aquélla. Para alcanzar este resultado con toda la brevedad que era necesaria, y cubrirlo al mismo tiempo con todas las apariencias de legalidad, ocurrió a Cortés el pensamiento de convertir instantáneamente su campamento en una población con el título de villa, para que, eligiendo sin demora sus vecinos un ayuntamiento, pudiese deponer ante esta autoridad local el nombramiento que había recibido de Velázquez, y obtener de ella otro nuevo en los términos convenientes.

Para poner desde luego en práctica esta idea, según lo que nos refiere Bernal Díaz del Castillo, se puso antes Cortés de acuerdo con Alonso Hernández Puerto Carrero, Pedro de Alvarado y sus cuatro hermanos, Cristóbal de Olid, Alonso de Avila, Juan de Escalante, Francisco de Lugo, el citado historiador y otros de sus parciales, a fin de que, llegado el caso, lo proclamase el ayuntamiento por capitán general y justicia mayor de la villa; y estando todos ellos conformes en ésto, manejaron el asunto de tal manera, que a pesar del disgusto y oposición de los amigos de Diego Velázquez, consiguieron su objeto, dándose en consecuencia al lugar que ocupaba el campamento con

general aprobación de la mayoría de los soldados que lo formaban, el nombre de la **Villa Rica de la Veracruz**.

Concluída esta ceremonia, se procedió a nombrar el ayuntamiento que debía llevar la representación de la nueva villa, resultando electos para alcaldes Alonso Hernández, Puerto Carrero y Francisco de Montejo. En seguida, según el mismo Bernal Díaz, se mandó colocar una picota en el lugar que servía de plaza, y una horca fuera de la villa, haciéndose al mismo tiempo el nombramiento de otras autoridades subalternas, las cuales fueron provistas en este orden: capitán para las entradas, Pedro de Alvarado; maestre de campo, Cristóbal de Olid; alguacil mayor, Juan de Escalante; tesorero, Gonzalo Mejía; contador, Alonso de Avila; alférez, Hulano Corral, y alguaciles del campo, Ochoa Vizcaino y Alonso Romero.

Estando reunido el Ayuntamiento en el local destinado al efecto, se presentó ante esta corporación Don Fernando Cortés, y haciéndole las debidas protestas de su respeto y obediencia, puso sobre una mesa el nombramiento de jefe de la armada que había recibido del Gobernador de Cuba, manifestando que todos sus títulos al mando habían cesado desde el momento en que la nueva villa había elegido sus propias autoridades, a las cuales correspondía ya exclusivamente el designar la persona que debía sustituirle en su empleo. Luego que hubo dicho ésto, se retiró Cortés del local, para que el ayuntamiento resolviera lo que juzgara conveniente; más como esta resolución era cosa arreglada ya de antemano, después de una breve discusión con el objeto de cubrir las apariencias, lo proclamó en nombre del rey de España capitán general y justicia mayor de la villa, concediéndole además el quinto del oro que se rescatase, después de separar la parte que correspondía a la corona, y otorgándole un poder amplísimo para poblar aquellas tierras, cuyo documento fué autorizado por Diego de Ordaz, escribano de la armada.

De esta manera fué improvisada la primera población que llevó el nombre de Villa Rica de la Veracruz, nombre que,

como hemos visto ya en el capítulo segundo de esta obra, se le puso por haber desembarcado los españoles en aquel lugar el viernes de la cruz y por las riquezas que en él recogieron de los indios. Ella fué fundada, como se vé, por un pensamiento que sugirió a Cortés la necesidad de afirmar sobre una base sólida la falsa posición en que se encontraba respecto de sus tropas, y a la verdad es preciso convenir en que tal pensamiento no pudo ser más acertado, porque de su realización obtuvo inmediatamente dos resultados de la mayor importancia, a saber: complicar a todos sus subordinados en la marcha rebelde que había emprendido respecto del gobernador de Cuba, supuesto que por este hecho solemne, no solamente aprobaban sus actos anteriores, sino que lo elegían para su jefe en lo sucesivo, y hacerse a la vez de una autoridad superior a la que antes tenía, e independiente ya de la de Diego Velázquez.

Al referir esta escena promovida por Cortés en las playas de Veracruz el año 1519, con el objeto de encubrir un acto de verdadera rebelión y de burlar así con ciertas fórmulas aparentemente legales las órdenes que había recibido del jefe que le confió el mando de la expedición, un escritor mexicano no puede dejar de recordar con sentimiento la frecuencia con que trescientos años más tarde se han repetido en su país iguales farsas para legalizar iguales o mayores atentados. ¿Qué otra cosa han sido, en efecto, esas ridículas escenas que más de una vez nos han presentado en nuestros días algunos jefes revolucionarios, cuando al frente todavía de sus tropas y en medio del estruendo del triunfo, después de haber atropellado cuanto hay de más respetable en un pueblo, han reunido algunos de sus amigos o parciales con el título de representantes de la nación, deponiendo ante ellos el poder que colocó en sus manos únicamente la fuerza de las armas y el ovido completo de sus deberes, para alcanzar el mando supremo que codiciaban? Tales escenas no son realmente más que un remedo de aquel escándalo, y no parece sino que está de alguna manera en el orden natural de

las cosas el que ese ejemplo dado por los primeros europeos que pisaron este suelo, debía ser imitado algún día por sus descendientes.

Algunos historiadores de la conquista de México, entre ellos D. Lucas Alamán, en sus Disertaciones Históricas de la República Mexicana, al mencionar el hecho que acabo de referir, lo califican de un **artificio legal**; pero esta calificación lo único que prueba es que aquellos escritores, apasionados admiradores de Don Fernando Cortés y deseosos por lo mismo de hacerlo aparecer en sus obras como un hombre sin mancha, como si el tener algunas pudiese menoscabar en algo su alta y bien ganada reputación, carecían de la cualidad más indispensable en un historiador, que es la imparcialidad para juzgar los hechos que refiere y para presentarlos con sencillez y verdad, sin preocupar en nada con sus propias opiniones el ánimo de sus lectores. Dígase enhorabuena que Cortés, en la situación en que se hallaba, no podía obrar de otra manera para la realización de sus miras; dígase también que él, como todos los que pretenden llevar a cabo extraordinarias empresas, tenía necesidad de adoptar medidas igualmente extraordinarias, atropellando las reglas establecidas para el común de los hombres, y dígase, por último, que la grandeza de los resultados que obtuvo es bastante para justificar todos los medios de que se valió para alcanzarlos; pero todo esto en nada alterará las circunstancias de un hecho que, por más que se diga, no fué otra cosa que un abuso de la confianza que en él depositó el gobernador de Cuba, y un atentado contra las leyes del honor y la disciplina militar.

No tardó mucho Cortés en verse obligado a tomar algunas medidas fuertes para hacer respetar de sus subordinados la autoridad que había conseguido por aquellos medios, prestando así a la historia un nuevo testimonio de que un poder adquirido por la violencia y el engaño, no puede sostenerse sino por el terror. Como hemos visto antes, los parciales de Diego Velázquez estaban ya algo disgustados con Cortés, y este disgusto